

*Elite Política***Los Ratoncitos Grises**

POR LORENZO MEYER

DICEN que fue Manuel Seyde quien hace años acuñó el término "ratoncitos verdes" para referirse a un grupo de seleccionados de fútbol particularmente malos. Fue una expresión afortunada que le puso una pizca de buen humor a la condena de la mediocridad. En estos días, el término ya no es justo ni adecuado para referirse a la calidad de nuestros futbolistas, pues dejaron de ser mediocres. Sin embargo, hay muchos otros campos en el país donde impera la falta de excelencia, uno de los más notorios es justamente el de la política. Propongo, por tanto, trasladar el término atribuido al señor Seyde al área política —de la élite política, para ser más exactos—, pero con un cambio de color: en vez de verde —el color de la esperanza—, el distintivo de los autoseleccionados que ahora nos representan en nuestro juego contra el destino debe ser gris. Los "ratoncitos grises" de la política.

★

LA falta de personalidades atractivas entre los miembros de la actual élite política mexicana que inspiren confianza y respeto es, desafortunadamente, un hecho tan evidente que no necesita demostración. La renuncia de Jesús Sliva Herzog a la Secretaría de Hacienda hizo que esta ausencia fuera aún más patente. Es verdad que el renunciante estaba lejos de haber demostrado su calidad de estadista, de líder, pero los que hoy forman el alto mando del gobierno —y de donde puede surgir el próximo presidente— lo están aún más.

México vive hoy circunstancias extraordinarias y el material humano con el que se debe hacerles frente es muy ordinario. El reto para el liderazgo actual y futuro es enorme. Junto

con el fracaso del modelo económico que se echó a andar hace más de cuarenta años, también se da la pérdida de vitalidad y legitimidad del modelo político y un aumento de las contradicciones sociales. Las antiguas alianzas o pactos entre la élite política y los grandes actores sociales —campesinos, obreros, em-

presarios, clase media urbana, marginados— se han debilitado o de plano se han quebrado. Ha habido una pérdida neta de poder en la sociedad mexicana. Todos somos ahora un poco más que antes, víctimas de fuerzas que nadie controla.

Aunado a lo anterior está el hecho de que el acuerdo básico entre el nacionalismo de la posrevolución mexicana y Estados Unidos —acuerdo que permitió, por ejemplo, manejar las tensiones que la Revolución Cubana introdujo en las relaciones interamericanas— también está en entredicho. El neoconservadurismo norteamericano parece decidido a aprovechar la creciente debilidad del gobierno mexicano, para inducir cambios en su favor en las reglas que hasta recientemente habían regido el juego entre el Estado mexicano y la empresa privada (nacional y extranjera) e incluso entre el gobierno y la sociedad. Se trata, ni más ni menos, de alentar un cambio en el sistema de poder en México para que éste sea menos autoritario pero más conservador. Se busca acabar con el populismo para aumentar la eficiencia del aparato productivo —abriéndolo a la competencia externa—, de tal manera que México pueda, entre otras cosas, continuar pagando su colosal deuda externa y dejar de ser un obstáculo a la política de Washington en Centroamérica y el Caribe.

PUES bien, frente a estas circunstancias extraordinarias y difíciles, el sistema político mexicano sólo ofrece líderes que están por debajo de las necesidades de la coyuntura histórica. La vida pública mexicana está entrando en una nueva etapa y sus guías no parecen tener meta más ambiciosa que la de sobrevivir.

El momento de la selección del nuevo presidente y de su equipo ya no está lejano, y los que estamos aquí en el graderío no vemos en el escenario más que políticos de mediana capacidad. Nuestra angustia va en aumento y la desmoralización cívica se ahonda.

La ausencia en el partido dominante de políticos de gran talla no es un accidente, sino resultado de las formas de reclutamiento que han prevalecido desde los años cuarentas.

Nos falta la gran escuela de los políticos de otras latitudes en la lucha partidaria y la brega cotidiana en parlamentos y congresos. Aquí no hay más que remedos de lo uno y lo otro. Aquí generalmente se llega a la cumbre —es decir, al gabinete, a las grandes empresas del Estado, a las gubernaturas— por una mezcla de disciplina burocrática y azar, y es difícil que de tal maridaje salgan políticos a la altura de los tiempos.

Sólo en el sector obrero del PRI se da un proceso que premia al verdadero liderazgo. La Quina no es un accidente. Pero este liderazgo tiene grandes limitaciones —entre ellas su corrupción— y está imposibilitado para trascender sus orígenes y convertirse en nacional.

México necesita ahora con urgencia líderes con credibilidad, capaces de pedirnos sacrificios y disciplina y, a la vez, mantener nuestro entusiasmo. Para 1987 este problema de la calidad del liderazgo va a ser crucial. Es indispensable que se supere el tiempo de los "ratoncitos grises" y le demos a la política toda la dignidad que puede llegar a tener.